

Ramón de la Fuente

**MEDICINA, HUMANISMO
Y CIENCIAS HUMANAS**

DISCURSO DE INGRESO

PRESENTACIÓN

Manuel Martínez Báez



MEDICINA, HUMANISMO
Y CIENCIAS HUMANAS

Ramón de la Fuente

MEDICINA, HUMANISMO
Y CIENCIAS HUMANAS
(19 DE OCTUBRE DE 1972)

PRESENTACIÓN
Manuel Martínez Báez



Coordinación editorial: Rosa Campos de la Rosa

Primera edición: 2013

D. R. © 2013. EL COLEGIO NACIONAL
Luis González Obregón núm. 23, Centro Histórico
C. P. 06020, México, D. F.
Teléfonos: 5789.4330 • 5702.1878 Fax: 5702.1779

Impreso y hecho en México
Printed and made in Mexico

Correo electrónico: contacto@colegionacional.org.mx
colnal@mx.inter.net
Página: <http://www.colegionacional.org.mx>

PRESENTACIÓN
POR EL DOCTOR MANUEL MARTÍNEZ BÁEZ

Si las personas que nos hacen el honor de acompañarnos en esta ocasión fueran todas o en su mayoría miembros de la profesión médica, sería inútil presentarles al Doctor don Ramón de la Fuente cuando inicia su actuación en El Colegio Nacional con la primera de una serie de conferencias en las que tratará el tema “Humanismo y Medicina”, ya que su personalidad es ampliamente conocida y muy apreciada en nuestro medio médico. Desde los que fueron sus compañeros o sus contemporáneos en la Facultad de nuestra Universidad Nacional hasta los que allí en gran número han sido sus discípulos y sus alumnos, y los más a quienes ha enseñado a través de los libros de texto y de los artículos científicos que ha publicado, casi todos los médicos de la actual generación saben quién es, qué hace y lo mucho que vale el Doctor De la Fuente. El reconocimiento de sus méritos lo ha llevado hasta el puesto más alto que en nuestro medio científico puede ocupar

un médico, a la presidencia de la Academia Nacional de Medicina, y su relevante actuación en la docencia le ha valido ser miembro de la Junta de Gobierno de la Universidad Nacional.

Después de haber hecho meritoriamente los estudios para obtener el título de Médico-Cirujano, el Doctor De la Fuente enfocó sus dotes y su interés sobre una de las ramas de la medicina que, practicada primero rudimentariamente desde la antigüedad más remota, ha sufrido a través de los siglos múltiples y profundos cambios, en busca siempre de sus verdades esenciales y de mayor efectividad para servir a quienes requieren su ayuda. Como ninguna otra, esa disciplina ha tenido que luchar arduamente con la gran dificultad que presenta el conocimiento científico de su objetivo, de eso que ha sido llamado con varios nombres de vaga connotación pero ricos en contenido, como el espíritu, el alma, la mente. Esa especialidad cuya misión es la de curar y prevenir los males que deterioran lo que en el hombre hay de más sutil, característico y específicamente humano; lo que le da un lugar único en el inmenso conjunto de los seres vivientes, lo que le ha permitido edificar el monumento grandioso y universal de la cultura, lo que le hizo alguna vez llamarse “rey de la creación”, aquello que

las religiones le han reconocido como semejanza con la divinidad.

Con menos palabras podría haber dicho que el Doctor De la Fuente es un médico psiquiatra, pero así me habría quedado lejos de expresar todo lo que él es, en verdad. La psiquiatría tiene hoy gran auge, debido a dos circunstancias distintas pero confluentes en sus efectos. Una de ellas es la de que la acción de factores que ahora no es ocasión ni de enunciar siquiera, ha causado un incremento grande y sostenido en la incidencia de los males que afectan a la mente, entre los que se encuentran algunos de los más crueles que pueden afligir al hombre, y, al lado de éstos y con mucha mayor cuantía, de alteraciones menores de la normalidad mental, pero siempre causantes de grave daño, ya que debilitan o perturban no sólo las funciones básicas de la mente, aquello que los filósofos de la religión, los teólogos, llamaron “las potencias del alma”, sino que afectan además a las aptitudes para el trabajo de toda clase, deterioran las relaciones que los pacientes tienen con quienes conviven y les hacen imposible la tranquilidad y el bienestar. La otra circunstancia aludida es la contribución creciente que las ciencias están dando a la psiquiatría y que ya ha permitido vislumbrar la base somática de los más graves trastornos

mentales y le ha proporcionado medicamentos psicotrópicos de gran eficacia. Esa creciente demanda de ayuda, por parte de los pacientes, y ese continuo progreso científico han suscitado en el Doctor De la Fuente feliz respuesta que le ha llevado a acrecentar su saber y a acendrar su fina sensibilidad y su genuina bondad y así servir provechosamente a quienes llevan hasta él su necesidad y su demanda de consuelo.

Es bien sabido que, por desgracia, los factores del auge de la psiquiatría han llevado a veces a frustrar la verdad de la ciencia hasta llegar a absurdos flagrantes, y a suscitar conductas que deshonran a algunos que lograron hacerse de un título oficial de médico. La actuación sabia y honrada del Doctor De la Fuente ha sido siempre ajena a tales errores y a semejante vergüenza. Característica de la manera como ejerce su misión ha sido siempre la compasión humanitaria que le ha permitido hacer tanto bien a sus pacientes y adentrarse en la contemplación de las más recónditas intimidades del ser humano e impregnarse, por ello, con un profundo y justo humanismo.

Desde esta cátedra que ocupará en lo sucesivo dignamente, dará sus enseñanzas a un auditorio más vasto, más variado y acaso más ávido de saber que el que antes ha tenido en au-

las y en recintos académicos. Su labor aquí será, por tanto, especialmente fecunda y estimada. El Colegio Nacional, al darle hoy por mi conducto su muy cordial bienvenida, le augura éxito grande y constante y se complace en renovar la expresión de su agrado por tenerlo como uno de sus miembros.

MEDICINA, HUMANISMO
Y CIENCIAS HUMANAS

Para iniciar mis trabajos docentes en este ilustre Colegio, he escogido como tema de disertación uno que ha sido para mí objeto de interés y reflexión por sus implicaciones en la enseñanza y en la práctica de la medicina.

En el grado en que la salud y las enfermedades de los hombres están influidas por sus motivos, sus esperanzas, sus temores y sus contradicciones, el humanismo, no es sólo un complemento, sino una dimensión necesaria de la medicina.

La medicina es una ciencia orientada a la utilidad y su lado humano responde, como su desarrollo científico, a requerimientos prácticos: las necesidades del enfermo, cuya experiencia de enfermedad es inseparable de su condición de hombre.

Si la misión del médico es conservar la salud de las personas, curarlas cuando enferman y ayudarles a mejorar la calidad de su vida; si los problemas de la medicina están indisoluble-

mente ligados con los problemas del suelo, de la alimentación y de la educación, es claro que para contender con ellos en forma integral, al médico no le basta con poseer conocimientos sobre la patología y la terapéutica; necesita otros conocimientos, y también un marco de orientación que le permita tomar en cuenta todas las condiciones que pueden causar disonancias entre el individuo, su ambiente natural y el orden social.

Históricamente se relaciona al humanismo con la corriente de renovado interés en las artes, la literatura, la mitología y la filosofía de la antigüedad clásica, que se suscitó en los siglos XV y XVI, pero es necesario apuntar que, no obstante que el interés en lo humano es una característica del Renacimiento, la esencia del humanismo, lo que podríamos llamar su espíritu, ni se inició en esa etapa histórica, ni se limitó a ella. El humanismo tuvo sus orígenes en la época de oro de la civilización griega, continuó activo en la tradición judeo-cristiana, floreció en la Ilustración y se mantiene vigente en nuestros días.

Lo que los humanistas de todas las épocas tienen en común, no obstante sus diferentes puntos de partida, es su interés en la naturaleza y el destino del hombre y ciertas ideas y actitudes acerca de él. La idea esencial, es que

los valores de la vida y de la dignidad humanas tienen prioridad sobre otros valores, que el valor más elevado es el hombre mismo y que en esencia, todos los hombres son perfectibles y poseedores de las mismas potencialidades; que la razón, el amor y la tolerancia son necesarios para su bienestar y su desarrollo. Estas son las ideas que con énfasis diferente, compartieron los humanistas del Renacimiento, los filósofos de la Ilustración y hoy en día comparten humanistas seculares y religiosos.

Goethe, uno de los más grandes humanistas de todos los tiempos, ha expresado en una frase la esencia del humanismo. “El hombre —dice—, lleva dentro de sí, no sólo su individualidad, sino a toda la humanidad con todas sus potencialidades, aunque debido a la extrema limitación de su existencia individual, sólo puede realizar estas potencialidades de una manera incompleta”. En otras palabras, un hombre, es a la vez todos los hombres.

¿Qué representa el humanismo en la medicina de nuestro tiempo? Ante todo, he de aclarar que no se limita a demandar que el médico sea comprensivo y humanitario, aunque es así como debe ser, ni a la idea de que el cultivo de las humanidades: las lenguas, la literatura, la filosofía, la historia, etc., contribuye en for-

ma significativa a la humanización de su trabajo profesional, aunque, ¿quién podría negar que la personalidad del médico se enriquece y que su sensibilidad en el trato con los enfermos se agudiza, cuando incursiona en el mundo de las humanidades, es decir, el mundo de la imaginación, el sentimiento y la expresión estética y religiosa; el mundo de la herencia cultural de la humanidad?

En la medicina actual, el humanismo es una perspectiva; un modo de ver y de entender los problemas médicos que influye radicalmente en la enseñanza y en la práctica de la medicina y también en los objetivos de la investigación médica.

En el pasado, ciencias y humanidades fueron dos modos diferentes de aproximarse a la realidad. Siguiendo sus propios caminos, los humanistas acumularon una riqueza de observaciones que por sí mismas constituyen una visión penetrante de la naturaleza humana y que son aún fuente inagotable de sabiduría y de inspiración.

Hoy en día, es necesario distinguir entre las humanidades propiamente dichas y las ciencias humanas. Estas últimas, son disciplinas científicas como la antropología cultural, la psicología, la sociología y la historia, que se ocupan del hombre.

Puesto que el mundo de la naturaleza incluye al hombre y a la mente, las ciencias humanas son ciencias naturales que, a diferencia de otras ciencias naturales que se ocupan de la materia y de la vida, tienen como objeto de estudio al hombre como totalidad y como individuo, en interacción con los demás hombres.

Si bien las ciencias humanas no han avanzado al ritmo de las ciencias de la materia y de la vida y sus conceptos y sus métodos no son tan precisos, son también ciencias, en el sentido amplio de que la ciencia incluye a todos los campos de encuesta racional organizada, es decir, ciencias como algo opuesto a las filosofías apriorísticas y a los sistemas explicativos no susceptibles de ser puestos a prueba.

Ciencias humanas y ciencias de la vida, se ocupan de aspectos distintos de la realidad. Estas últimas, estudian y analizan, separándolas en campos restringidos, las estructuras y mecanismos que son comunes a todas las formas de vida; su principal interés hoy en día, es el estudio de sus bases moleculares. Las ciencias humanas, por su parte, se interesan en el hombre total; en comprender su conducta, resultado del proceso evolucionario, las facultades que le distinguen del animal y le hacen un ser único en la naturaleza, y su interrelación con la cultu-

ra y con la sociedad. Las ciencias humanas proporcionan los datos para una forma nueva de acercarse al hombre: un humanismo científico.

Hay en la medicina territorios extensos en los que las ciencias humanas tienen mucho que hacer y qué decir. Sus métodos, pueden ser usados al lado de los que son propios de las ciencias de la vida para avanzar en el conocimiento de esos territorios sobre los cuales ambas ciencias tienen reclamaciones. Las ciencias humanas pueden trabajar de modo que sus hallazgos sean puestos bajo la censura de la verdad empírica, y las ciencias de la vida pueden no perder de vista en sus pesquisas al hombre como totalidad.

Si se hace necesario enfatizar el lado humanista de la medicina, es porque la medicina clásica, me refiero a aquélla cuyos avances espectaculares se iniciaron a partir del Renacimiento, nos ha entregado un conocimiento dividido en sectores; un conjunto de conocimientos más o menos aislados, tales como la bioquímica, la fisiología, la biología, etc., y también nos ha legado un modelo de hombre mecánico, simplificado, que aunque conceptualmente manejable, no toma debidamente en cuenta sus necesidades, sus atributos, sus contradicciones y sus esperanzas; es decir, su humanidad.

Los logros de los métodos reduccionistas y analíticos de la ciencia, son admirables. A ellos debemos el progreso de la técnica. Pero por muchas que sean las excelencias de métodos que han permitido a la medicina avances tan notables, sólo abarcan a los objetos que caen dentro de su esfera y no permiten captar al hombre integral; la experiencia de su vida, los complejos procesos de sus relaciones interpersonales, sus respuestas totales ante situaciones totales, etc. Como consecuencia de estas limitaciones metodológicas, la medicina no ha abordado ciertos problemas de la salud y la enfermedad, que son importantes.

Tanto en el campo de la biología como en el de la psicología y en el de la medicina, tiene aún vigencia el concepto de que el hombre es por naturaleza una especie de máquina, dotada de una variedad de capacidades de reacción. Este modelo mecánico ni siquiera permite comprender la conducta animal más allá de ciertas regulaciones fijas y es aún más inadecuado cuando se aplica al hombre, que posee un orden superior de funciones: razón, conciencia de sí mismo, imaginación y creatividad. Si bien, hoy en día, los sofisticados sistemas cibernéticos han substituido a los crudos modelos mecánicos, significan un avance considerable sobre

ellos y nos permiten comprender mejor algunos procesos cerebrales, son de todos modos insuficientes para explicar la compleja conducta del hombre.

El marco de referencia humanista provee un instrumento conceptual inclusivo que permite acercarse al hombre como un campo unitario e integral. Ciertamente, no es aún posible hacer una declaración completa acerca del hombre, pero hoy es más honda la comprensión de su naturaleza y de sus relaciones con el medio. La posibilidad de integrar conocimientos aún dispersos, en una totalidad significativa, es considerablemente mayor que en el pasado. Si bien el avance de la medicina, a través de la indagación progresiva de campos separados, es y seguirá siendo esencial, esta forma de expansión es insuficiente.

No vamos demasiado lejos si afirmamos que la propia biología ha proporcionado los datos que sirven para demoler el modelo del hombre máquina. De hecho, la biología evolucionaria es punto de partida de una concepción del hombre que enfatiza su humanidad. Si bien, dicen los biólogos, la dignidad del hombre no radica en sus orígenes, en verdad modestos, sino en sus estupendas posibilidades. El concepto evolucionario es el puente que facilita el tránsito de las ciencias de la vida a las ciencias humanas

en el campo general de la medicina. Por otra parte, el concepto ecológico, hoy tan en boga, usado en el sentido amplio de las relaciones del hombre no sólo con el mundo de la naturaleza sino también con el mundo de la cultura y de las ideas que él ha creado, es otro principio unificador. Ambos se complementan.

Aunque cada vez en número menor, hay aún científicos arrogantemente conscientes de la importancia de las ciencias básicas y de las técnicas derivadas de ellas en el mundo actual, que pierden de vista la perspectiva humana. Ocurre también, que algunos humanistas no entienden a la ciencia y les aterra su misterio y sus posibilidades. Unos y otros contribuyen a mantener el mito de dos culturas irreconciliables: una cultura científica y una cultura humanística. No estamos seguros de que esta dicotomía sea inevitable en todos los campos del conocimiento. Problemas que antes pertenecían al campo de las humanidades hoy son problemas de la ciencia. El humanismo tiene una fundamentación cada vez más científica y los científicos tienen cada vez más interés en los problemas humanos. Con más razones podría sostenerse que los conocimientos están en proceso de fundirse en una cultura única, En lo que respecta a la medicina, por su misma esencia, no podría ser de otra forma. De hecho

la medicina, en su mejor versión, es un ejemplo de esta fusión que gradualmente se extiende a otros campos del conocimiento y de la práctica.

No nos sorprende que en los tiempos que corren las representaciones generales de la medicina hipocrática, por tanto tiempo olvidadas, experimenten una resurrección inesperada. Originalmente la medicina, como ciencia y como humanismo, es una creación griega; algo que surgió del despliegue del espíritu helénico en el último tercio del siglo V antes de Jesucristo en las islas griegas y en las ciudades costeras del mar Egeo.

Los griegos superaron la actitud mítica ante lo inexplicable y desarrollaron una concepción realista del hombre y del cosmos, El arte curativo tomó entonces un rumbo nuevo; el objeto de estudio de los médicos griegos fue la *physis* humana, una entidad concreta, somática y psíquica, embebida en la naturaleza.

La medicina hipocrática entendió al hombre como algo que es parte de la naturaleza; cuyas fuerzas lo configuran y lo sostienen. Hipócrates y su escuela establecieron que la salud y la enfermedad están determinadas por causas naturales y que estas causas son múltiples y susceptibles de ser conocidas: la constitución individual, las pasiones humanas, la alimentación,

el clima, la altitud, la estación del año, el agua, el suelo, etc. Hoy hemos de reconocer que Hipócrates y su escuela crearon una medicina a la vez científica y humanística y, en el sentido más amplio del término, también ecológica. Es claro que la corriente humanística en la medicina moderna no es nueva del todo, revive el espíritu que animó a la medicina en la antigüedad clásica y que de algún modo, que nos llevaría lejos analizar, se perdió en la historia.

Merced a los progresos de la técnica, a la especialización y a su organización estatal y colectiva, la medicina ha experimentado en las últimas décadas avances extraordinarios.

El médico cuenta hoy con instalaciones, instrumentos y habilidades que le permiten cuidar mejor la salud de los individuos y de las poblaciones, e influir más eficazmente en el curso de muchas enfermedades. Nuestro país no ha permanecido a la zaga en el progreso médico. Sin embargo, la medicina hoy en día confronta graves problemas.

No voy a referirme en detalle a estos problemas ni a sus causas, que han de remontarse a profundas contradicciones en nuestra estructura social. Solamente señalaré algunas cuyas consecuencias sobre la educación médica y la práctica revisten la mayor importancia.

Nuestras escuelas de medicina están sujetas a una presión demográfica que rebasa ya los límites de su capacidad funcional. Como a otros países pobres cuya población está en proceso acelerado de expansión, nos ocurre también, que las necesidades de asistencia médica aumentan en proporción mayor que los recursos. Las quejas de quienes afirman que, en tanto que la medicina avanza, la enseñanza de la medicina y el cuidado de los enfermos se deteriora, contienen más que un grano de verdad.

Algunos piensan que pretender en estas circunstancias que la medicina desarrolle su dimensión humana, es irreal; que precisamente lo que se necesita es eliminar de la enseñanza y de la práctica de la medicina todo aquello que no es técnicamente esencial. No estamos de acuerdo con este punto de vista.

Otros piensan que las máquinas son nuestra mejor esperanza para solucionar muchos problemas de la enseñanza y de la asistencia. No nos cabe duda de que así puede ser. Las máquinas podrían liberarnos de las tareas más rutinarias. El peligro, hemos de repetir, no radica en ninguno de los avances de la técnica, sino en el espíritu con el cual se aplican.

El peligro es que, bajo el influjo de fuerzas poderosas, la medicina pierda cada vez más el

contacto con la condición humana de los enfermos y se convierta en una tecnología fría, aplicada por técnicos agobiados por su responsabilidad hacia un número excesivo de enfermos, y supeditados a una burocracia que aniquile su individualidad y sobre cuya marcha el médico, como individuo, no pueda ejercer ninguna acción.

Siendo éstas las circunstancias, ¿no es acaso deseable que los médicos dialoguemos con la filosofía; no con la filosofía como especulación, sino como reflexión ordenadora de la experiencia?

La concepción humanista no resuelve los problemas, ni puede suplir nuestras carencias, pero sí nos permite situar los problemas en su justa perspectiva y plantear mejores soluciones.

Tampoco creemos que la respuesta a los riesgos de una creciente deshumanización de la medicina sea ponerle algunos remiendos de humanismo, sino hacer algo más radical: reorganizarla conceptualmente y ampliar sus bases en la enseñanza, en el ejercicio y en la investigación.

La imagen del hombre que el humanismo proyecta en el campo de la medicina, es una imagen substancialmente diferente de la que emerge de la anatomía, la fisiología y la bioquímica; es una imagen del hombre que es parte

de la biología, pero que trasciende a la biología y en la que cobran relieve su totalidad, su historicidad, su unicidad y su libertad. Por tanto, una imagen más compleja y también más ambigua y contradictoria, pero en último término más real, porque no excluye nada de lo que es propio de la condición del hombre en la salud y en la enfermedad.

ÍNDICE

Presentación, por el doctor Manuel Martínez Báez.....	7
Medicina, humanismo y ciencias humanas.....	15

Se terminó de imprimir el 30 de agosto de 2013 en los talleres de Impresos Chávez de la Cruz, S. A. de C. V., Valdivia 31, Col. Ma. del Carmen, C. P. 03540, México, D. F. Tel. 5539 5108. En su composición se usó el tipo Garamond de 10.5:12.5, 9.5:12.5 y 8.5:10.5 puntos. La edición consta de 1 000 ejemplares. Captura y composición de textos: Rebeca Rodríguez Jaimes y Laura Eugenia Chávez Doria. Editor: Hildebrando Jaimes Acuña.